



Don Milani se refirió al futuro en varias ocasiones. ¿Cómo no hacerlo? Y lo hizo a gran escala y desde su propio marco histórico, en su época y su cultura. También adivinó el futuro de su propia actividad personal. Y hasta el futuro mismo de su escuela en Barbiana

TRES FUTUROS DE MILANI

A. Un futuro a gran escala

Milani nos dejó su previsión más sonora y contundente del porvenir en la dedicatoria a los chinos del único libro que firmó con su nombre: *Experiencias pastorales* (1958). Sus cerca de 500 páginas las retiró enseguida de las librerías el Santo Oficio Vaticano “por inoportunas”. Su dedicatoria se dirige a los misioneros chinos que “dentro de mil años” habrán de predicar otra vez el Evangelio en Italia: una vez consumada esta descristianización europea, que ya palpamos y que aquel joven Milani adivinó ya en los años 50. El libro, atiborrado de educación y de escuela, se abre con estas palabras:

“Este trabajo está dedicado a los misioneros chinos del Vicariato Apostólico de Etruria (Italia), para que al contemplar las ruinas de nuestro campanario y preguntarse por qué fue tan dura la mano de Dios sobre nosotros, tengan de nuestra propia confesión una respuesta satisfactoria (...) Y si pueden sacar enseñanza de esta humilde obra para su ministerio, no dejen de rogar en chino a Cristo misericordioso, para que, de nuestros errores, de los que hemos sido al mismo tiempo víctimas y autores, quiera misericordiosamente abreviarnos la pena. San Donato, diciembre de 1954”.

Y al final del libro, un manchón de sangre del propio autor sugiere haber sido asesinado sobre su propio escrito durante la rebelión final de los pobres contra la injusticia social. A continuación hay una “Carta de ultratumba reservada y secretísima a los misioneros chinos” (de la dedicatoria):

“... Seguro que no lograréis comprender cómo antes de caer nosotros no hayamos puesto el hacha en la raíz de la injusticia social (...) No hemos odiado a los pobres,

como la historia dirá de nosotros. Sólo hemos dormido (...) Cuando nos hemos despertado era demasiado tarde. Los pobres ya se habían ido sin nosotros (...) Ser asesinado por los pobres no es un glorioso martirio. Cristo sabrá remediar nuestra ineptitud. Es Él quien ha puesto en el corazón de los pobres la sed de la justicia. A Él, pues, deberán encontrarle junto con ella cuando hayan destruido sus templos y desmentido a sus soñolientos sacerdotes (...) Un pobre sacerdote blanco de fines del II milenio” (*Exp. Past.*, BAC Madrid 2004, pp. VII y 293).

¿Qué va ser de nuestro mundo y de nuestra época? Si la natalidad europea disminuye y aumentan los inmigrantes y refugiados empobrecidos en nuestras fronteras..., ¿qué escuela europea haría falta hoy?

B. El futuro personal del propio Milani tras su primer trabajo

Dos años antes de su exilio en Barbiana (diciembre de 1954) Milani escribió a su madre con el aviso de lo que se temía, y esperaba, que iba a ocurrir. Estaba muy seguro de la profundidad con que había trabajado en su primer destino (la parroquia de San Donato en Calenzano, Florencia). Y no se equivocó en un futuro de más de 50 años.

“San Donato, 14.07.1952.

Querida mamá: perdona que no te haya escrito antes. Parece que tienes un sexto sentido para preguntarme si me he peleado. De hecho ayer tuve una discusión que puede ser la definitiva. Con un canónigo de Prato que vino aquí a predicar. Tengo la impresión de que mi carrera eclesiástica ya está en el precipicio. Pero no empieces a alarmarte, preocúpate sólo de que yo esté sereno y sea bueno. Me parece estar en el cine ante las últimas escenas de una película con final feliz. La película con final feliz es mi trabajo en San Donato. Me he dado todas las satisfacciones, he podido trabajar como me ha parecido y gustado, nunca me han obligado a pactar, me divierto muchísimo montando un final con fuegos artificiales. ¿Qué más quieres?



BARBARA

Considera como una criaturilla mía estos cinco años [donde aún permaneció dos más] (...)

Lo único que me haría verdadero daño sería que me condenasen doctrinalmente. Pero no debería ser posible, porque siempre he procurado ser cristiano y católico y siempre he pedido morir en esta fe. Y, de hecho, cada día me siento más cerca, tanto que me dedico por entero a su difusión (...). De ir mal las cosas podrían ponerme como maestro en el Seminario Menor. Y al cabo de 6 meses también me quitarían de allí y me harían párroco en alguna iglesita de montaña, para que además se cumplan tus deseos médicos (...) En cuanto a san Donato, tengo la soberbia convicción de que **las cargas de explosivo que le he metido debajo en estos 5 años no dejarán de explotar bajo el trasero de mis vencedores, al menos durante 50 años** (...) No te preocupes por mí. Un abrazo cariñoso de tu Lorenzo” (*Tutte le Opere*, Mondadori 2017, t II, [TO], 249-251).

No parece posible pensar un futuro mejor sin coste personal alguno, ¿no?

C. Envejecer es lo normal y más difícil de una escuela

Aún traemos – para bebérnosla de un trago – una 3ª alusión al futuro de su escuela. Habla a uno de sus alumnos más logrados (casi un hijo), Michele Gesualdi, hermano mayor de Francuccio. Le había dado no pocos disgustos en Barbiana, pero llegó a ser un gran sindicalista y presidente de la provincia de Florencia. Tras irse con 17 años a Alemania, regresó al sindicato CISL de Milán y escribió, poco y muy crítico, contra Barbiana. He aquí el drama del Milani maestro:

“Barbiana 15.12.1963.

Querido Michele: agradezco a Gosto haberte dado ocasión de enfadarte y de, por fin, escribir tantas cosas. Te recomiendo que no te enfades con él ni lo acojas mal cuando suba. Porque tú le puedes considerar hasta obsesionado, pero, al menos, no tiene secretos, mientras que tu obsesión de encerrarte en tu agujero y tener para ti todos tus problemas, es verdaderamente una enfermedad. Por ejemplo, cuando me acusas a mí y a mi escuela de estar fuera del mundo y de no conocer la vida, debes pensar, como te dije hace tiempo, que hay un sistema mucho más simple; esto es, hablar más de ti, de forma que nos acerques el mundo antes de que lo experimentemos directamente. Eso, por ejemplo, de que tú no quieres educar a nadie, sino que buscas dejarte influenciar, es algo que deberías explicarme a mí y a los chavales y, luego, pensarla más tú también.

¿Qué haces?, ¿vas al estadio, discutes de deporte, fumas, vas a bailar, vas con mujeres, juegas a las cartas, lees tebeos, compras cancioncillas, bebes, lees periódicos de los que se dicen independientes? ¿O todo eso lo consideras como antes y cuando ves a un joven obrero u obrera perdido en tales miserias, te da pena y querrías que saliese de ahí, que tomara conciencia de su dignidad de hombre, de ciudadano, de cristiano, de inteligencia capaz de aprender cosas elevadas y de dar cosas elevadas a los demás?

Así que, o te me has ocultado completamente o todavía eres como yo te creo y, por lo tanto, no es verdad que “no moverás jamás un dedo para educar a los demás”.

Si la vida te ha enseñado cosas que yo ignoro, ¿por qué no me las enseñas? Pero no en un momento de ira, como si te divirtieras haciéndome saber que estos últimos años de mi vida los he desperdiciado preparando muchachos inadaptados para la vida, en un sueño totalmente fantástico de un mundo irreal, parto de la pobre fantasía enferma de un pobre burgués educado en un invernadero y, después, exiliado en un desierto repitiendo viejos lugares comunes que ya no significan nada, o peor, que nunca lo han significado, porque él en cuarenta años no ha conocido la vida. Sé bien que muchos aspectos de la vida moderna se me pueden escapar, pero también eso es por culpa tuya. Infórmame mejor. Háblame durante horas cuando estés aquí, cuéntame exactamente cómo son y cómo viven tus militantes, en qué relación estáis, cuáles son las modas de hoy a las que crees justo adaptarte y que yo, demasiado iluso, no logro entender (...)

Además nada de eso es verdad, porque en otra parte de tu carta hablas de los ideales a los que has dedicado la vida entera. Y, entonces, te repito, ¿por qué no pruebas a hablarme? Tú podrías ayudarme a ponerme al día, a hacer una escuela cada vez más adherente a la realidad (y no por eso menos altamente idealista). Yo podría ayudarte con la poca experiencia humana que tengo, con mi poco pensamiento



y estudio, con mi carga de esperanza y entusiasmo que en cuarenta años de vida no se me ha debilitado en nada (...)

Esta noche, no pudiendo dormir por la tos, he pensado de repente que era maravilloso ver brotar de mi escuela un retoño vigoroso y diferente, con todos sus celosos secretos, con infinidad de ideales comunes conmigo y con infinidad de secretos suyos que no reparte con nadie, ni siquiera con el hermano, cura, padre, que soy yo para él. Que era maravilloso, de viejo, recibir un palo de un hijo, porque es señal de que tal hijo ya es un hombre y no tiene más necesidad de niñera, y **ahí está el fin último de cualquier escuela: sacar adelante hijos más grandes que ella, tan grandes que de ella se puedan reír. Sólo entonces la vida de esa escuela o de ese maestro ha alcanzado su cumplimiento y en el mundo hay progreso.**

Te quiero mucho y pienso siempre en ti; aquella misma noche escupí un poco de sangre (después resultó no ser nada grave), pero en aquel momento me hizo sonreír de alegría (¿sabías que los hebreos pensaban que la sangre era la vida?), me divertía la idea de escupir la vida sin desmayarme (yo que me desmayo siempre con la sangre) porque la escupía en el momento en que, por fin, había comprendido lo que nunca había comprendido, es decir, que **la escuela debe esforzarse entera a la espera del día glorioso en que su mejor alumno le diga: “¡pobre vieja, ya no entiendes nada!”; y la escuela responde con la renuncia a conocer los secretos de su hijito, sólo feliz de que su hijito esté vivo y rebelde.**

Ahora creo comprender que esta última parte de mi carta dice lo contrario de la primera, porque esta última parte no es más que una intuición y las intuiciones son verdaderas, pero sólo en parte.

Yo he comprendido algo, pero también tú debes comprender algo. Yo ya soy viejo y solo debo prepararme a morir y a dejar vivir, pero todavía no me he muerto. Tú ya eres grande y debes hacer *casi* todo por ti mismo, pero tal vez, ¡no todo todavía!. Y además, la amistad se debe conservar siempre y la amistad está hecha de comunión de intereses, de conocimientos y de afectos (no de ideas). (...)

¿Has progresado ahora que no nos has dicho un solo nombre de tus nuevas amigas y amigos, un episodio que los caracterice, un detalle que nos introduzca en un ambiente nuevo para nosotros? Y cuando Gosto o Romano nos dicen que tus amigos te toman el pelo con el nombre de una, no es tan malo luego que te digamos: “Cuéntanos algo, dinos cómo evoluciona tu pensamiento y tu actitud, ¿tienes una, muchas, elevadas, libres, esclavas de la moda, luchan por la clase obrera, imitan a la clase burguesa, leen, piensan, tienen novio, te hacen la corte, quisieran casarse contigo, nos presentarán alguna...?”

Con la ira de una carta, me dices incluso que tienes mucho que aprender de ellas y que haces todo lo posible por dejarte influenciar y no por influir. ¿Es cierto? Y, entonces, ¿por qué no nos haces partícipes de estos valores nuevos que ignorábamos? Tal vez te equivocas tú, tal vez yo. Pero si no se habla, no lo descubriremos ni tú ni nosotros.

Luego, está la historia de la soberbia. Ya sabes que he decidido, tras madura reflexión, que la humildad es la ruina de la clase obrera y, más aún, campesina y montañesa (...)

Y los obreros milaneses más jóvenes y los meridionales que llegan cada día, ¿están enfermos de humildad o de soberbia? Y las masas que llenan los estadios, ¿enfermas de humildad o de soberbia? Dices que la soberbia barbianesa te ha hecho darte muchos coscorrónes. Dale gracias a Dios. Es señal de que te has movido. Quien no se mueve ni siquiera choca con su cabeza. Da gracias a la soberbia que te hizo superar el desgarrón de aquella noche en la estación de Florencia cuando Eda decía que aquel vagón negro le parecía un carro fúnebre y la vil humildad del derrotado te susurraba dentro: “Rompe el billete, quédate en casa; con 17 años eres joven para afrontar la soledad y la opresión de los emigrantes”. Da gracias a la soberbia que, un año después, te hizo aceptar tan joven un cargo sindical. Piensa en la humillación de Bruno, que prefirió hacer de esclavo, más aún, el jefe de sección, pisoteando todos sus ideales y mi trabajo 16 años para ensoberbecerle.

Así que no hurgues en este trabajo mío. Piénsalo bien. Ayúdame a perfeccionarlo y equilibrarlo, pero no lo destruyas a la ligera.

Todavía tengo infinidad de cosas que decirte, pero es tarde; hablaremos mejor en Navidad. Un abrazo más afectuoso que nunca, tuyo Lorenzo” (TO, t II, 966-971).